





DESTINOS
FABULOSOS





ALAIN DECAUX

DESTINOS FABULOSOS

VIDAS EXCEPCIONALES
QUE MARCARON LA HISTORIA


Traducción de Alejandra Añón

Decaux, Alain

Destinos fabulosos / Alain Decaux. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2016.
384 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Alejandra Añón.
ISBN 978-950-02-9884-1

1. Biografías. I. Añón, Alejandra, trad. II. Título.
CDD 920



Destinos fabulosos
Título original: *Fabuleux destins*
Autor: Alain Decaux
© Éditions Perrin, 2015
Traductora: Alejandra Añón
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: junio de 2016
ISBN 978-950-02-9884-1

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

1. César Borgia, hijo del Papa	11
2. Hay que matar a Gandhi	45
3. Bin Saud o la epopeya del desierto	87
4. Churchill, el león.	129
5. La tragedia de Louis Renault	165
6. El misterioso final de los Romanov	209
7. La extraña muerte de Stavisky	261
8. Los <i>cagoullards</i>	291
9. El hombre que quería impedir la guerra.	337



A Andrée Bouttemy van Walraven.





César Borgia, hijo del Papa

Nápoles, 26 de mayo de 1504. Al anochecer, en su habitación del Castel Nuovo, un hombre alto, atlético y esbelto al mismo tiempo, admirablemente proporcionado, se vuelve con cierta indolencia hacia el gentilhomme que lo escolta. Tiene el rostro fino, encuadrado por una barba corta, los ojos oscuros y brillantes, y la mirada imperiosa. Le recuerda que es tarde y que deben levantarse antes del amanecer.

–Señor conde –le dice–, ya puede retirarse. Es hora de descansar.

Procurando que su voz suene lo más natural posible, el cortesano le responde:

–Mi señor, usted puede ir a descansar, pero yo no. Debo quedarme aquí para hacerle compañía.

De pronto, el horror y la indignación desfiguran el semblante del otro, que ruge:

–Santa María, ¡me han traicionado!

Es verdad: lo han traicionado, pues ha sido hecho prisionero. En ese preciso instante, César Borgia se desvanece en las sombras de la historia. El camino de este hijo de un papa, gran capitán, diplomático de alto vuelo, ha estado jalonado de hazañas, pero también de crímenes. César Borgia, tan temido como admirado, tan odiado como idolatrado. César Borgia, el único hombre, desde

la caída del Imperio romano hasta la llegada de Cavour, que soñó con lograr la unificación de Italia y estuvo a punto de lograrlo. En fin, César Borgia, el modelo de *El príncipe* de Maquiavelo.

Se han tejido tantas leyendas en torno a los Borgia, repetidas con una saña enfermiza, que hoy los historiadores sienten ciertos escrúpulos a la hora de abordar a esa familia en la que abundan las excepciones. Las orgías y los venenos de los Borgia han hecho las delicias de los autores románticos. Con solo narrar la realidad bastaba, pero novelistas, poetas y dramaturgos del siglo XIX le han agregado los frutos de una imaginación a menudo desbordante. Se ha hecho del papa corrupto Alejandro VI una estrella del romanticismo. Pero aún más a su hija: Lucrecia Borgia. Es curioso que el personaje más atractivo de este clan haya permanecido, por el contrario, relegado a un segundo plano, en la penumbra. Sin embargo, esa fiera imponente encarna por sí sola las virtudes y los defectos, el refinamiento y la barbarie del Renacimiento italiano. Con púrpura y oro, se intentó borrar ese olvido y, sobre todo, ese error de la historia. Así pues, veamos cómo vive el hombre de Estado italiano más importante de su tiempo: César Borgia.

Para empezar, no cualquiera es hijo de un papa. Desde el principio, los Borgia parecen estar destinados a brillar. La familia proviene de España. En el siglo XIII, en Játiva, entre Valencia y Alicante, un señor llamado Esteban de Borja vence a los moros en combate. En el siglo XV, los Borja siguen siendo soldados. Pero en España, como en todas partes, en el seno de las familias nobles hay jóvenes que eligen consagrarse al sacerdocio. Así pues, Alonso de Borja toma los hábitos. Gracias a sus singulares dotes de predicador, pronto se convierte en obispo y luego en cardenal.

Por último, el 8 de abril de 1455, es elegido papa con el nombre de Calixto III.

La suerte de los Borgia, como se ha italianizado su apellido en Roma, ha comenzado. Sin embargo, nadie hubiera sido capaz de predecir entonces hasta dónde llegaría su buena estrella.

Calixto III tiene dos sobrinos. El menor se llama Rodrigo. Calixto le toma cariño y el joven acaba siendo su ayudante favorito en los asuntos espirituales del papado. Vale aclarar que, en aquella época, el nepotismo es moneda corriente en todos los niveles de la jerarquía eclesiástica. Podría decirse que casi es una institución. Tampoco sorprenderá que, de la noche a la mañana, se le otorgue la púrpura cardenalicia a un Rodrigo de veinticinco años, que no ha hecho más mérito que concluir sus estudios de Derecho.

Pero este es solo el comienzo. Al año siguiente, Rodrigo ya es vicescanciller, es decir, segundo dignatario de la Iglesia. Bajo su autoridad se encuentran la administración, la diplomacia, las finanzas e incluso el ejército de la Santa Sede. Es más: Rodrigo desempeña con tanta eficiencia ese puesto que lo conservará por treinta y cuatro años, durante los mandatos de cuatro papas sucesivos. A Inocencio VIII no le alcanzará una carta entera para ponderar las cualidades del cardenal Borgia, después de que su predecesor, Sixto IV, jurara en público que su capacidad era “extraordinaria y universal”.

Elogian sus cualidades de orador, su realismo, su sentido de la diplomacia, su conocimiento del derecho y también del alma humana, virtudes que se intensifican cuando es necesario demostrar valor. Así, al morir su tío Calixto III, mientras el populacho romano se dedica a masacrar alegremente todo lo que es español,

se dirige al Vaticano a pie, vestido de púrpura y bendiciendo a los amotinados. Será el único que acompañará al Papa, su tío, en su lecho de muerte.

Ese cardenal sobresale en todos los deportes, aunque prefiere la caza. Cuando tiene tiempo, se quita la sotana, se calza las botas y se lanza al galope sobre uno de sus purasangres en pos de una presa, tanto más deseada cuanto más difícil es de atrapar. A los setenta años, resulta inalcanzable para los jóvenes de su corte. Ese cardenal de la Iglesia romana es más dado a las intrigas que a la plegaria. Para él, la gloria de Dios se cumple cuando el papado alcanza su cénit. Sin embargo, el Santo Padre no es tan solo el sucesor de san Pedro. No reina sobre las almas solamente, sino que cuenta en Italia con posesiones terrenales, que necesitan aliados, soldados y armas. Está claro que, para el cardenal Borgia, conquistar una ciudad, anexar a las posesiones del papado un nuevo territorio también sirve a la gloria de Dios. Cabe aclarar que sus contemporáneos comparten este punto de vista.

El cardenal Rodrigo no es un hombre agraciado. Tiene la mandíbula prominente, la nariz ganchuda y los labios demasiado gruesos. Aunque la prestancia nada tiene que ver con la belleza y él ha cultivado tanto la suya que su porte es majestuoso. A ello se suma su contagiosa pasión por la vida. Todos la perciben. Y todas. El cardenal Rodrigo tiene un gran éxito con las mujeres. Así lo describe un contemporáneo: “Despierta en ellas el deseo y las atrae como un imán”. Una idea que cuesta entender y admitir. No olvidemos que estamos en una época en la que los príncipes de la Iglesia solían “mantener amantes y bastardos”, sin que esa fuera una costumbre objetable, como afirmó René Guerdan en su *César Borgia*, de 1974, sin duda la mejor biografía del hijo de

Alejandro VI en lengua francesa. Con semejante temperamento, era evidente que Rodrigo Borgia seguiría ese ejemplo. Entre las mujeres que atrajo como un imán, se destacaba Vanozza Catanei. Si damos crédito a un manuscrito de la Biblioteca del Vaticano, cuando Rodrigo la conoció “Vanozza lavaba la ropa del cardenal y su sobrino”. Sabemos que era rubia y hermosa y que, desde que la vio por primera vez, Rodrigo se enamoró perdidamente de ella. La llevó consigo a Roma, donde la instaló en un magnífico palacio, muy cerca del suyo. Vanozza le dará cuatro hijos: César, que nació durante la noche del 13 al 14 de septiembre de 1475; Juan, en 1476; Lucrecia, en 1479, y Jofré, el último.

Así pues, César es el mayor. Su madre lo cría en el palacio de Roma, junto a su hermana y a sus hermanos. El cardenal Rodrigo, su padre, visita a su familia casi todos los días. Es autoritario y dulce al mismo tiempo, una combinación que conmueve al pequeño César. Como a todos los jóvenes señores, le enseñan a montar y a manejar las armas, disciplina en la que muy pronto descollará. Y a remar en el Tíber. Durante el verano, la familia se marcha al campo. César adora a su madre, pero admira a su padre. Le parece que luce espléndido vestido de seda y de oro. El cardenal ama a César, pero confiesa que prefiere a Juan y a Lucrecia. Los niños perciben esa especie de discriminación. Para consolarse, César intenta convencerse, sin éxito, de que es el favorito de su madre.

En Italia, como en otras partes, para un hijo varón de una gran familia no hay más que una alternativa: o es militar o es cura. César soñaba con ser militar. Por ser el mayor, ese era su destino. En general, otro hijo tomaba los hábitos, aunque esa no fue la decisión de su padre. Rodrigo resolvió hacer de Juan un

gran capitán. Juan, el preferido. César será cura. Tal vez llegue a ser cardenal. Con ese objetivo, Rodrigo lo educa con los mejores profesores. Lejos de la imagen de bárbaro con la que se lo asocia tradicionalmente, César Borgia es uno de los hombres más cultivados de su siglo.

A los seis años, ya es canónigo de Valencia, archidiácono de Játiva y protonotario apostólico. A los siete, preboste de Alba. A los nueve, tesorero de la diócesis de Cartagena.

Tiene catorce años cumplidos cuando su padre lo envía a la Universidad de Perugia para que estudie Derecho Canónico y Derecho profano. Es probable que nunca antes haya habido, en esa universidad, un alumno rodeado de tanta pompa. Su séquito, su vestimenta y sus joyas son las de un rey. Por todo ese fasto será más envidiado que amado.

A pesar de ello, César hace buenos amigos en Perugia, aunque sus condiscípulos detectan cierta melancolía en su mirada. Se sorprenden: ¿acaso no lo tiene todo para ser feliz? A decir verdad, lo que más lamenta César es no haber hecho la carrera militar. ¡Hubiera querido tanto ser soldado! Su tristeza se transforma en cólera y en resentimiento cuando se entera de que su hermano Juan ha sido destinado a ese oficio que a él se le niega. Le duele y no deja de preguntarse por qué Juan, que es menor, por qué no él.

Así se sentía cuando le anuncian que acaba de ser nombrado obispo de Pamplona. Tiene tan solo dieciséis años. Al mismo tiempo, lo envían a Pisa a continuar sus estudios. Es evidente que la Iglesia cierra sus garras sobre él. Sabe perfectamente que su padre quiere lograr que la situación sea irreversible. A su pesar, César se siente como un peón en el tablero de ajedrez de la política italiana. Su padre le ordena estrechar vínculos con Juan de

Médicis. César obedece. Pero mientras compite en lujo y boato con el heredero de los Médicis, se rebela.

Y luego, un buen día, sucede algo increíble, extraordinario: el 11 de agosto de 1492, los cardenales reunidos en Roma, en cónclave, nombran papa a Rodrigo Borgia, que se llamará Alejandro VI.

A partir de ese momento, César Borgia es el hijo del Papa de Roma.

Para comprender a los Borgia, es necesario ubicarlos en su tiempo. En 1492, no han pasado ni cuarenta años desde que los turcos tomaron Constantinopla y proporcionaron a los historiadores un hito adecuado para determinar el fin del Medioevo. ¿Pero realmente ha acabado? No es seguro, a la luz de los espectáculos que se presentan ante los ojos de los viajeros en Italia. Sin embargo, no hay duda de que se respiran nuevos aires. Incluso los historiadores sostienen que Occidente ha entrado en un “renacimiento”. Así, el Papa de 1492, Alejandro VI (Borgia), se instalará como el pontífice símbolo de ese Renacimiento. Otro indicador es que, en enero de 1492, llegó a Roma la noticia de la caída de Granada, último bastión moro en España. Y ese mismo año un tal Cristóbal Colón, convencido de que la tierra era redonda, partió de un puerto del sur de España al mando de tres carabelas hacia el oeste, donde creyó que encontraría las Indias. También es indicio de Renacimiento el extraño hecho de que los italianos hayan elegido un papa español. En *Los Borgia*, el gran historiador J. Lucas-Dubreton definió con gran maestría ese lugar y esa época: “El Renacimiento italiano ha decretado la ruptura con el ascetismo y el desarrollo sin fin del individualismo”. En primer lugar, ese individualismo despierta un hambre voraz de cultura.

Todos desean alimentar su pensamiento. Esa curiosidad va de la mano de cierta precocidad. Quieren saber pronto, y lo antes posible. Al mismo tiempo, a los italianos les apasiona descubrir su pasado. Basta con prestar atención al cronista Guichardin, quien sorprendía y encantaba a Montaigne, cuando enumera las razones del orgullo italiano de su época: una tierra fértil, una multitud de hombres eminentes e innumerables riquezas. Además, el corazón de la Iglesia se halla en Italia. Un fresco suntuoso, a decir verdad. Sin embargo, al releer a Guichardin, Montaigne destaca que “no asocia ninguna de la almas ni los efectos que juzga, ningún movimiento ni consejo a la virtud, la religión o la conciencia, como si esos elementos hubieran desaparecido del mundo”. Nada es más cierto: ante todo, el hombre del Renacimiento italiano no quiere ser ingenuo. Pocas veces cree en la virtud. Siente que la cultura lo ha liberado y, por lo tanto, se ha forjado una moral propia. Está convencido, por ejemplo, de que la *tristizia* –el crimen– no solo puede ser defendible, sino también loable. No olvidemos que, en aquel entonces, los tribunales consideraban legítima la venganza. Un hombre del Renacimiento italiano no solo tiene el derecho, sino también el deber de hacer justicia por su cuenta. El escritor Pantano, que vivió en Nápoles, se hace eco de ese inconcebible desprecio por la vida humana: “En Italia no hay nada más barato que la vida de un hombre”. Aconsejo a los criminólogos leer o releer las crónicas italianas de los siglos xv y xvi, ya sean romanas, sienesas o florentinas. En Venecia se defiende abiertamente la suprema necesidad de asesinar por una razón de Estado. ¿Por qué los particulares no habrían de seguir tan ilustres ejemplos? Si les disgusta ensuciarse las manos, cuentan con un verdadero

ejército de asesinos a sueldo. Entre ellos se destacan los curas y los monjes, porque están protegidos por la inmunidad que les confiere su investidura.

La barbarie es tan habitual que nadie la considera bárbara. Esa es la realidad. Un tal Altobello Dattiri mata, saquea, arrasa la propiedad de sus enemigos, los Chiaravallese, que logran capturarlo. Lo atan desnudo sobre una mesa y lo ofrecen a la gente a la que ha ofendido o esquilado. Exultantes, “le clavan alfileres, lo muerden, se reparten trozos de su carne y se los venden a otros que los comen para saciar su sed de venganza”.

Violencia en estado puro. Montaigne considera que, en Italia, supera a la que se ejerce en otros países. Todos los italianos de aquella época viven con el temor de ser traicionados o padecer una emboscada. Benvenuto Cellini exclama estupefacto: “Siento miedo y emoción al mismo tiempo, porque he logrado llegar a los cincuenta y ocho años y, gracias a Dios, sigo adelante”.

Lo paradójico de esta situación es que, a pesar de vivir en un constante peligro de muerte, y tal vez por esa razón, se desarrolla la más espectacular de las civilizaciones. Ya lo dijo Stendhal: “El mayor problema de la civilización es la ausencia de peligro”. En pleno caos, Miguel Ángel, Rafael, Leonardo da Vinci, Ariosto, Maquiavelo consolidan su gloria eterna. Todos reconocen que los mejores diplomáticos de Europa son italianos: basta con leer los despachos de los embajadores venecianos.

Y justamente porque la vida no vale nada, desean disfrutar sin límites de su corto paso sobre la tierra. Ante todo, quieren gozar. Y gozan. Son tiempos, según las palabras del obispo de Belley, “repletos de carne y de sangre”. No quiere decir que la fe haya mermado. Los italianos llenan las iglesias. Temen por su

vida eterna. Corren a escuchar las prédicas de los monjes. Es habitual que, después del sermón, los bandidos entren al convento a hacer penitencia. El condotiero condenado a muerte por asesinato o traición reclama a voz en cuello la absolución antes de subir los peldaños del cadalso. Nadie pondría en duda que la fe de Alejandro VI (Borgia) es verdadera. Sin embargo, así como se defiende a ultranza el derecho de *vendetta* –la sangre–, nadie considera que los placeres del amor –la carne– sean un pecado. Los señores crían en sus palacios a sus innumerables hijos naturales. Los sacerdotes, los obispos, los cardenales que no viven en concubinato son la excepción. Se trata de una enorme licencia que abarca toda la escala social, desde la base hasta la cima. El retorno a la Antigüedad favorece esa relajación de las costumbres. Sin malas intenciones, el cristianismo y el paganismo se mezclan progresivamente y de un modo inextricable. Cuando se cantan alabanzas a la Virgen y a los santos del cielo, también se incluye a “las sacerdotisas de Venus”. Admiran a Platón y, en su nombre, se entregan al vicio que Savonarola llama “innombrable” y Pierre Bayle, más tolerante, “no conformista”. Ariosto sostiene que pocos humanistas logran evitarlo. Se sospecha de los papas Sixto IV y Julio II.

Otro de los aspectos característicos de esta sociedad es el lugar que concede a la mujer. En el seno de la aristocracia o de la alta burguesía, una niña recibe, en todos los ámbitos del conocimiento, la misma educación que un varón. Por lo tanto, con el correr del tiempo, la niña despuntará en el arte de la conversación: se desenvolverá con igual soltura en arte, literatura y música, con un estilo inimitable. Un detalle más en esa pintura que apenas se esboza: en las mansiones romanas, el servicio

está a cargo de esclavas, mujeres de todas las razas, de todas las lenguas, de todos los colores, todas muy bellas, quienes provenían en su mayoría de Oriente e ingresaban al país por Venecia y Génova.

En el seno de esa sociedad corrupta y magnífica, César Borgia ascenderá implacablemente.

Cuando se entera del nombramiento de su padre, el 16 de agosto de 1492, César se encuentra en Siena, participando en una carrera de caballos. Tan pronto como la noticia llega a sus oídos, prepara su equipaje, salta sobre la silla de montar y emprende viaje a Roma. Está exultante, como toda la cristiandad, pero más que cualquier cristiano. Una orden de su padre lo detiene en Spoleto. Alejandro VI sabe la mala impresión que puede provocar su abundante prole—los cuatro niños de Vanozza no son los únicos, tiene al menos seis más—y ha hecho al pueblo romano solemnes promesas. Para mostrar virtud, se ha comprometido a mantener a sus hijos alejados de Roma. Por eso César debe tascar el freno en Spoleto. La cuarentena durará solo unas semanas. El tiempo que necesita Alejandro VI para olvidar sus promesas, mientras se consolida en el poder. En noviembre, todo es alegría: César está en Roma, investido de una nueva dignidad. El día de su coronación, su padre lo ha designado arzobispo de Valencia y primado de España.

En Roma lo verá, en marzo de 1493, Andrea Boccaccio, obispo de Módena y embajador del duque de Ferrara ante el Vaticano. Se encontrarán en el magnífico palacio del que se ha adueñado, a mitad de camino entre el Vaticano y el Castel Sant' Angelo. Una verdadera joya de la arquitectura, calificada por Clemente Fusero, en *La vida de César Borgia*, como una de las “residencias

más espléndidas del último período del Quattrocento”. Recordemos que César tiene tan solo dieciocho años, aunque ya dispone de una corte y los embajadores asedian su palacio. Al entrar, Boccaccio se encuentra con un joven alto, delgado, atlético. Viste un hábito de seda y lleva una espada colgando a un lado de su cuerpo. Solo la minúscula tonsura recuerda que es obispo. Lo que sorprende a Boccaccio es la frescura que emana el rostro de ese adolescente. Sin embargo, todo en él, sus gestos, su voz, las palabras que emplea, reflejan “los modales del hijo de un gran señor”.

Los dos hombres saldrán a pasear juntos. Para montar a caballo, César se apoya con una sola mano sobre la grupa del animal. Y, en un minuto, ya está sobre la montura. El embajador notará que el hijo del Papa es “vivaz y amable”, y que, evidentemente, “el arzobispo de Valencia jamás se ha sentido atraído por el sacerdocio”. Ni siquiera se le ocurrió ir a España a visitar a sus fieles. Adora cabalgar durante horas, vence a sus adversarios en las competencias de tiro al blanco, se destaca como nadie en el manejo de las armas y hace morder el polvo a todos los que se atreven a luchar contra él.

Como a su padre, le encanta cazar. Pretende los mejores caballos, los mejores halcones, los mejores perros. Va hasta Alemania para conseguirlos.

Más profano incluso es su gusto por el ornato. Pretende, también, los mejores sastres, los mejores joyeros, los mejores armeros. Exige las telas más suntuosas. En las cortes, nadie viste como él y el pueblo queda pasmado de admiración a su paso. No es necesario aclarar que esas ropas son casi siempre “civiles” y solo en raras ocasiones, religiosas.

Como su padre, es voraz en el amor, pero desdeña el compromiso. Toma a las damas nobles que se le ofrecen. A todas. Pero no las considera mejores que las cortesanas, a quienes prefiere.

Lo que más le pesa en Roma es la falta de acción. Su hermano Juan se ha marchado a España: los reyes le han ofrecido la mano de su sobrina. Aliarse a la familia real es una revancha impensada para esos modestos señores que, hasta hace poco aún, eran tan solo los intrascendentes Borja. Después de que su padre la entregara en matrimonio varias veces –por supuesto, sin haber sido consultada previamente–, Lucrecia se casará con Giovanni Sforza. Tiene trece años, y su joven esposo, veintiséis. Sin embargo, Sforza no se decide a consumir el matrimonio. Tal vez se sienta inhibido por el hecho de compartir la cama con la hija del Papa. Ya han pasado dos meses, y Lucrecia sigue esperando. Alejandro VI toma medidas drásticas: entrega 30.000 ducados a su yerno, que recupera su virilidad en el acto.

César observa. La amargura crece en su interior. Llegado ese punto, comienza a creer en su fuerza física, pero sobre todo en la moral. ¿Por qué no habría de utilizarla?

Quizás Alejandro VI vislumbra que esa ansiedad puede resultar peligrosa y por ello, de buenas a primeras, anuncia a César su intención de nombrarlo cardenal. César no se cansa de repetir a quien quiera oírlo que no está hecho para el sacerdocio. Nunca recibió las órdenes mayores. Como si esto fuera poco, ante los ojos de todo el mundo y con gran estrépito, acaba de instalar en su palacio a una de las más ilustres cortesanas de Roma: Fiammetta la pelirroja. ¿Cómo va a ser cardenal? ¿A quién se le puede ocurrir que él pueda ser cardenal? Todo lo llevaría a pensar que esa promoción es una ironía, si, en su interior, no estuviera

absolutamente convencido de que esa dignidad, bien aprovechada, podía ayudarlo a progresar en su ambición. Entonces, acepta e incluso agradece con humildad.

Así, su padre lo envía a Nápoles a negociar una alianza con la familia que ocupaba el trono. Allí gobierna Ferrante de Aragón, un bastardo, de quien se dice que es hijo de un moro converso. Un bruto despiadado que encarcela a sus barones con el propósito de quedarse con sus dominios y los mete en jaulas minúsculas que visita todos los días para gozar con sus gritos desesperados. Cuando considera que ya es suficiente, los manda estrangular y, luego, embalsamar. Está muy orgulloso de su colección de momias y se la muestra a todas sus visitas. Como los demás, César Borgia la alaba cortésmente.

Fueron los reyes españoles, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, quienes advirtieron a Alejandro VI. Les preocupaba una alianza del nuevo Papa con Milán, Mantua, Ferrara y Venecia. En efecto, en Milán reina Ludovico el Moro. Es el prototipo del déspota iluminado que se considera capaz de dirigir los asuntos de Italia y proclama a los cuatro vientos su ambición. Se alió hábilmente con el rey de Francia, Carlos VIII. Los reyes de España temen que el apoyo de Alejandro VI a Ludovico aliente a Carlos VIII a reivindicar la corona de Nápoles. Así pues, instan a Alejandro a reconciliarse con los Aragón de Nápoles. De ahí la misión que se le confía a César. Al parecer, resulta un éxito total.

Para sellar el acuerdo entre Roma y Nápoles, Jofré, el hijo menor del Papa, se promete en matrimonio con Sancha, la nieta natural de Ferrante, hija de su hijo Alfonso.

En este caso, que llegue a buen puerto no es tan seguro. Alejandro VI –y luego César– eligió Nápoles en detrimento de

Milán. Actuó en perjuicio de Francia. Entonces, Ludovico el Moro recurre a Carlos VIII. Es largamente conocido que el rey de Francia aspira al trono de Nápoles. Los derechos sobre ese reino se remontan a la época de los príncipes de Anjou.

A fines de agosto de 1494, al mando de un ejército importante para aquella época, y de una artillería como nunca antes se había visto, Carlos VIII cruza los Alpes. Anuncia que, una vez que haya conquistado Nápoles, se embarcará hacia Oriente para combatir a los turcos y liberar Constantinopla.

Tal vez se trate de una cruzada. Hay un hombre en Roma que hace posible el plan: el hermano menor del sultán Beyazid. Se llama Djem. El gran maestro de Rodas lo entregó al papado. Beyazid ha llegado a pagar al Papa hasta 40.000 ducados por año, no para que su hermano le fuera devuelto, sino para mantener alejado a ese posible rival. El plan de Carlos VIII es utilizar a Djem contra su hermano Beyazid. Si llega a sultán, abrirá a los nuevos cruzados las puertas de Constantinopla.

Alejandro VI se equivocó al no querer mirar más allá de sus narices. Urdió su plan entre Nápoles y Milán, y se negó a admitir que, un buen día, Carlos VIII podría concretar sus amenazas y –sobre todo– presentarse con tantos soldados y tantos cañones. El Santo Padre estaba ingenuamente convencido de que, con la ayuda de sus aliados, podría derrotar a cualquier invasor. ¿Pero qué podía hacer ante el torrente francés? Las ciudades italianas se abren unas tras otras ante Carlos VIII. No solo reciben al rey francés, sino que lo celebran y lo aclaman. Alejandro VI estalla. Es el único derecho que aún conserva.

Y aquí están los franceses, ante las puertas de Roma, predisuestos contra el Papa. Llegó a sus manos la correspondencia de

Alejandro VI con el sultán turco –un infiel– y fue publicada. Es un escándalo para los galos, que se enteran en ese mismo momento de que el Papa vive en concubinato con una joven, Julia Farnesio. No comparten la moral laxa de los italianos en las cuestiones de la carne, sobre todo cuando se trata de un sumo pontífice. Además, un cardenal, Giuliano della Rovere –el futuro papa Julio II– se presenta en el campamento de Carlos VIII para denunciar a viva voz las infamias de Alejandro VI y solicitar la reunión de un concilio para destituirlo.

Así, los Borgia son humillados. Alejandro desea defenderse, hasta en el Castel Sant'Angelo si es necesario. Confía en un pueblo que le ha demostrado tanto afecto, pero descubre que esa aparente fidelidad es muy frágil. Los romanos no ofrecen resistencia y abren las puertas de par en par a los franceses. Alejandro suspira:

–Los franceses llegaron con espuelas de madera y no necesitaron más que un trozo de tiza para delimitar su acantonamiento.

Mientras tanto, César, que tanto ha deseado ser capitán y entrar en combate, ve cómo el enemigo toma su propia ciudad. Los franceses desfilarán durante varias horas. Lo que más sorprenderá y maravillará a los romanos son los cañones de bronce que los artilleros disparan montados en enormes carros. Hay treinta y seis. Cada uno de ellos mide ocho pies de largo y pesa 6000 libras. Pueden disparar con una frecuencia aterradora: una bala cada tres horas.

Alejandro VI deberá negociar con el rey de Francia, rebajarse. El acuerdo sellado estipula que César Borgia sea entregado como rehén a Carlos VIII. ¡Después del escarnio, la humillación

personal! Además, el rey de Francia lleva consigo, entre su equipaje, al desdichado Djem, a quien tiene previsto obligar, llegado el momento, a tomar por la fuerza el trono de su hermano Beyazid.

El cortejo real abandona la Ciudad Eterna en dirección a Nápoles. César cabalga, prisionero, al lado de Carlos VIII. A partir de entonces, comienza a dudar de la infalibilidad política de su padre. No lo piensa dos veces y, una noche, se fuga. Carlos VIII protesta, hecho una furia, ante Alejandro VI, quien sostiene, con voz lastimosa, que nada tiene que ver con su huida, lo cual es absolutamente cierto.

Por su parte, César está decidido a poner en marcha su propio plan, lo que demuestra sin tapujos ni temor. Al pasar por Roma, los franceses saquearon el palacio de su madre. Mientras Carlos VIII se instala en Nápoles, unos sesenta suizos miembros del ejército francés, aunque ya licenciados, atraviesan Roma para regresar a su patria. De pronto, en la Plaza de San Pedro, 2000 españoles los rodean, los atacan y matan a muchos de ellos, hieren al resto y los desvalijan a todos. Es César quien ha organizado la emboscada. Así demuestra que, de ahora en adelante, quien se meta con él, pagará por ello.

Al pobre Djem el viaje a Nápoles no le sentó nada bien. En el camino, enfermó y murió no bien llegó a destino. De más está decir que los contemporáneos han repetido hasta el cansancio que fue el papa Alejandro VI quien lo mandó envenenar. ¡El famoso veneno de los Borgias! Lo cierto es que, sin su turco, Carlos VIII ya no le encontraba sentido a una estadía tan prolongada en Nápoles. Venecia, que se había declarado su aliada mientras se tratara de una cruzada, daba ahora un paso atrás. Alejandro VI sentía que la hora de la venganza estaba llegando.

Y llegó. En Milán, Ludovico el Moro reconoció su error. No ganó nada con la presencia de los franceses en Italia. Carlos VIII quiso ejecutar su plan y nada más. En el fondo, Ludovico no hizo más que sacar las papas del fuego. Más aún, fue humillado la mayoría de las veces en que se encontró con ese rey demasiado poderoso.

—A veces, estábamos sentados juntos, y me dejaba solo como a un perro para irse a comer.

Por ello, responde con solicitud al acercamiento del Papa. No cabe la menor duda: hay que acabar con el bárbaro. El bárbaro es Carlos VIII.

En pocas semanas, a instancias del papa Borgia, se construye una alianza entre el Santo Padre, Maximiliano de Austria, el rey de Castilla, el duque de Milán y la República de Venecia.

En Nápoles, Carlos VIII se burla de sus esfuerzos. Se siente superior, y tiene razón. La calma napolitana, los palacios y las bellas mujeres le infunden optimismo. El ejército francés solo responde a los napolitanos. El problema es que los soldados llevarán consigo a su hogar una grave enfermedad, que llamarán el mal de Nápoles. Por su parte, los italianos, para no ser menos, hablarán del mal francés, aunque finalmente habrá que llamarlo por su nombre: sífilis.

Carlos VIII decide marcharse de Nápoles. Proclama sus derechos eternos sobre el reino, deja allí a la mitad de su ejército y, con el resto, avanza hacia el norte. El ejército de la alianza sublevada de Alejandro VI espera a los pies de los Apeninos, cerca de Parma, en Fornovo. Los dos bandos se atribuirán la victoria. En realidad, la batalla no duró más de una hora y los franceses la superaron sin sufrir grandes pérdidas. Lo que más lamentó Carlos VIII fue

tener que abandonar su equipaje, su espada, los sellos de oro y –sobre todo– una colección de los retratos de las bellas damas que, en Nápoles, le habían dispensado sus favores.

En Roma todo es alegría. ¡Fuera Carlos VIII! Ahora César es el hombre más popular de la Ciudad Eterna. La gente recuerda su audaz huida. La cruel emboscada contra los suizos lo ha convertido en alguien con el que sienten que pueden contar. Y al que temen. César reside en el Vaticano, exactamente sobre los aposentos privados de su padre. Suele visitar con mucha frecuencia a su hermana Lucrecia, que vive en el palacio de Santa Maria in Portico, la mayor parte del tiempo sola. Tiene dieciséis años y su belleza aumenta con la edad. Para abandonar Roma –y el lecho conyugal–, Giovanni Sforza aduce que el clima de la ciudad le resulta perjudicial.

Otra joven da que hablar en Roma: Sancha, la esposa napolitana del joven Jofré Borgia. Ambas son muy bonitas, aunque la napolitana es tan morena y alegre como rubia y serena es Lucrecia. Sancha está enamorada del amor. Pero el desdichado Jofré no tiene más de catorce años, y Sancha da a entender que en la cama es muy poco Borgia. Para paliar los defectos del menor, el mayor se hará presente. Pronto, la relación entre César y Sancha alimentará la crónica romana. Para César no es más que una aventura, pero este incesto –eso es a ojos de la Iglesia– aportará un rasgo nuevo y decisivo al retrato con el que pasará a la historia.

Para Alejandro VI, el episodio con Carlos VIII acabó siendo la piedra de toque de las fidelidades. Y de las infidelidades. En sus propias tierras, muchos de sus vasallos lo habían traicionado. Por empezar, los Orsini. El Santo Padre decide invadir con su ejército

las ciudadelas que estos ocupaban al norte. Una bula los despoja de sus feudos y los destierra para siempre. César está exultante. Sin lugar a dudas, su padre lo elegirá para comandar el ejército pontificio junto a un célebre condotiero, el duque de Urbino, que acaba de ser convocado. A pesar de su condición de cardenal, César cree haber hecho méritos y espera confiado.

Pero siente furia y desesperación cuando Alejandro VI ordena a Juan, su preferido, regresar de España. Juan, a quien los españoles ya no soportan, a quien describen como “un hombre desalmado, altivo, creído de su grandeza, un dechado de malos pensamientos, cruel e irracional”.

¡Juan! ¿Por qué siempre él? César debe cederle sus aposentos del Vaticano. Y verlo partir al mando del ejército, sobre su caballo cubierto de oro y de plata, con su túnica de terciopelo oscuro cargada de piedras preciosas. Ni un emperador hubiera lucido igual. Para colmo de males, antes de su partida, César se entera de que su padre acababa de nombrar al inútil de Juan confaloniero de la Iglesia, lo que significa que estará al mando de todos los ejércitos papales. Su angustia no conoce límites.

Por desgracia, la expedición resultará un rotundo fracaso. Tendrán que devolver a los Orsini las tierras que les habían quitado. Sin embargo, Alejandro VI sigue sin darse cuenta de que cometió un error al confiar en Juan. Y lo colmará de dinero y de honores.

Pero aquí no acaban las desgracias de César. Un día, la bella Sancha le anuncia que ya no lo quiere, sin darle más explicaciones. César se preocupa, investiga, hasta que descubre que es la amante de Juan. Es la gota que colma el vaso. Su amargura se convierte en rencor.

Una mujer es testigo de la tristeza y de la envidia que carcomen a César: Vanozza. Como toda madre, desea que la armonía y el afecto reinen entre todos sus hijos. El 14 de junio de 1497, invita a cenar a su casa del campo, próxima al Coliseo, a sus hijos César y Juan. Otros allegados íntimos participan de la reunión.

En ese momento, Juan no puede concentrar más honores en su persona: es duque de Gandía, príncipe de Tricarino, conde de Laurci y de Chiaramonte, señor de Sessa y de Tiano, teniente real de Sicilia. La semana anterior, por pedido de Alejandro VI, el Sacro Colegio le había otorgado, a título hereditario –lo que las leyes de la Iglesia prohibían terminantemente– el ducado de Benavente y dos señoríos de menor importancia.

Durante la cena, Lucrecia es uno de los grandes temas de conversación. Alejandro VI la necesita para concretar una alianza política, por lo que, con el fin de anular su matrimonio, acaba de dar a conocer la impotencia de Sforza, su marido. Es el colmo de la humillación para Giovanni Sforza, quien, cegado por la ira, declara en público que Alejandro VI y su hija Lucrecia son amantes. Es mentira, pero la leyenda no dejará caer en el olvido esa insospechada “información”.

Avanzada la noche, ante el desconcierto de todos los presentes, un hombre enmascarado hace su aparición en el lugar. Se acerca a Juan y le susurra unas palabras al oído. Cuando la velada llega a su fin, los invitados se marchan en sus mulas. César y Juan se dirigen hacia el Vaticano, por lo que deciden regresar juntos.

Cuando llegan al barrio Ponte, de entre las sombras surge el mismo hombre enmascarado que había irrumpido en casa de Vanozza. Juan no parece sorprendido. Por el contrario, detiene

su montura e invita al hombre enmascarado a subir a su grupa. Después, despide a todo su séquito, y conserva solo a un lacayo. Sus hombres protestan, lo consideran una imprudencia. Juan responde con una carcajada.

Lo ven perderse en la oscura noche romana, solo, con el hombre enmascarado y el lacayo. Al día siguiente, por la mañana, sus criados lo buscan en sus aposentos del Vaticano, pero allí no hay nadie. Advierten al Santo Padre, que comienza a preocuparse. A medida que transcurren las horas, su desazón se transforma en angustia. Al anochecer, deambula por sus habitaciones, trastornado. Cuadrillas de españoles recorren las calles, gritando el nombre del duque de Gandía. Encuentran al lacayo herido de muerte, quien expira sin pronunciar una sola palabra. Aparece la mula que vaga con su silla vacía y las riendas sobre el lomo. Nada más.

Al día siguiente, un barquero comunica que, la noche del 14 al 15, vio arrojar un cadáver al Tíber. Entonces, se inspecciona el río con la ayuda de trescientos pescadores y barqueros. Al mediodía, se oye un grito aterrador. Un tal Battistino de Taglia acaba de atrapar entre sus redes el cuerpo de Juan cubierto de inmundicias. Conserva todas sus joyas, su ropa está intacta, tiene su daga y su bolsa está llena. Pero le han atado las manos y se observan en él nueve heridas graves. Alguien le ha abierto la garganta de oreja a oreja.

El dolor de Alejandro es atroz. Tres días antes, al anciano se lo veía fuerte como una roca. Ahora, parece agobiado por el peso de los años. Ante el consistorio reunido, rompe en llanto y, con voz entrecortada, pronuncia lo que hoy algunos consideran su autocrítica:

—Es la peor de las tragedias. Amábamos al duque de Gandía más que a nada en el mundo. Entregaríamos sin dudar siete papados si eso lo devolviera a la vida. Dios ha castigado así nuestros pecados, porque el desdichado no merecía una muerte tan cruel.

Esto es solo el comienzo. Ante su estupefacta audiencia, Alejandro anuncia que reformará la Iglesia. Se acaban las indulgencias, la simonía y el nepotismo. Se prohíbe el concubinato a los prelados y los sacerdotes. Ya no se enajenarán los territorios de la Iglesia, los curatos y los cargos se otorgarán por mérito. Todas las mañanas, una comisión de seis cardenales se reunirá para terminar con los abusos.

Ahora bien: si ese plan se hubiera concretado, no se habría producido un cisma en la Iglesia. Hoy, no conoceríamos a Lutero.

Aunque la pena lo embargó durante mucho tiempo, sus buenas intenciones se esfumaron pronto. César hizo todo lo que estuvo a su alcance para lograr que el trabajo de la comisión designada no prosperara. Poco le importaba la pureza de la Iglesia. Eso sí: creía absolutamente necesario que el papado siguiera siendo una institución fuerte.

Luego de la desaparición de su hermano, César ocuparía, por fin, el lugar más importante al lado de Alejandro VI, aunque sabía que muchos en Roma deseaban saber a quién había beneficiado su muerte. ¿Quién podía haber matado a Juan? Jamás encontraron al hombre enmascarado. Con el tiempo, fueron varios los acusados. Se torturó a inocentes e, incluso, a una de las jóvenes amantes de Juan. Sin embargo, se descartaron todas las hipótesis, una tras otra. Tres semanas después del asesinato de Juan, se cerraron las investigaciones, lo cual resultó extraño. Pero más insólita aún fue la declaración que Alejandro VI realizó en privado:

—¡Sé muy bien quién lo mató!

Durante el transcurso de la investigación, jamás se pronunció el nombre de César. Sin embargo, se supo que el Papa quiso quitarle la legacía que le había otorgado en Nápoles. Le permitió conservarla solo para complacer al nuevo rey Federico II. Cuando César regresó de Nápoles, Alejandro lo hizo esperar media hora. Luego, lo recibió, pero no le dirigió la palabra ni una sola vez. Es verdad que esto no prueba nada. Muchos historiadores sostuvieron que ningún tribunal lo hubiera condenado basándose solo en esas presunciones. Durante más de seis meses, nadie se atrevió a acusar a César. Sin embargo, pasado ese tiempo, comenzó a correr el rumor, que creció con los días y adquirió tal dimensión que llegó a nuestros oídos. El asesino era César.

¿Cómo se ha llegado a esa conclusión? En vísperas de Navidad, César se presentó ante su padre con el fin de solicitarle permiso para dejar los hábitos. Le recordó que siempre había deseado dedicarse al oficio de las armas y le confesó que se había consagrado al sacerdocio por amor filial, no por vocación. Sostuvo que su alma corría grave riesgo si continuaba inmerso en el ámbito eclesiástico. Le rogó que le concediera la dispensa que necesitaba para regresar al mundo y contraer matrimonio, no sin antes prometer que siempre estaría dispuesto a defender con su vida a la Iglesia.

Así, César echa por la borda sus años de cardenalato y sucede a Juan en todas sus funciones, por lo que los romanos comenzarán a establecer un vínculo de causa y efecto entre la muerte de Juan y los nuevos cargos que Alejandro VI le confiaría a su hijo César.

La polémica sigue viva cinco siglos después. Los historiadores mantienen posiciones encontradas. Por mi parte, me sumo a la lúcida opinión de René Guerdan. Cuando muere Juan, se manifiestan las ambiciones de César, se rompe el cascarón que lo aprisionaba y se convierte en un hombre todopoderoso. Recordemos la envidia, el odio latente que sentía hacia su hermano menor y el hecho de que nunca se descubrió quién le quitó la vida. Una de dos: o César mandó matar a su hermano o, protegiendo al asesino, asumió adrede la responsabilidad del crimen. En ambos casos, se llega a la misma conclusión: César parece ser el culpable de la muerte de su hermano.

Tiempo después, Lucrecia, cuyo matrimonio ya había anulado César, pasaba sus días en un convento, hastiada, a la espera de conocer el nombre del próximo esposo que elegirían para ella. Estaba embarazada de un familiar del Papa, un español llamado Pedro Calderón, al que apodaban Perotto. Al enterarse, César montó en cólera. Urdía con su padre una alianza política con los Aragón, que no debía verse comprometida. Además, Lucrecia era, tal vez, la única mujer por la que sentía un afecto profundo y sincero. Ese embarazo no podía existir ni progresar, por lo que decidió que, en cuanto Lucrecia diera a luz, haría desaparecer al niño. Nunca se sabrá qué hicieron con él. Perotto, el padre, acabará muerto y enterrado.

A partir de ese momento, ninguna vida humana tendrá valor para César si interfiere en sus planes o supone un obstáculo a sus ambiciones.

Lucrecia es declarada *virgo intacta*, y se convierte en la esposa de Alfonso de Aragón. César, laico otra vez, pide la mano de Carlota, la hija de Federico de Aragón, pero este se la niega:

—El hijo del Papa no es la clase de hombre que pretendo para mi hija, ¡por muy hijo del Papa que sea!

Conociendo el temperamento de César, no resulta difícil imaginar cuánto le costó digerir semejante humillación. Enseguida decide concentrar sus energías en el más acérrimo enemigo de Nápoles: Francia. El nuevo rey, Luis XII, le rogaba encarecidamente al Santo Padre que anulara su matrimonio con su esposa Juana —"jorobada por delante y por detrás"—, no por su enfermedad, sino porque acababa de descubrir, con gran congoja, que eran parientes en grado prohibido. En realidad, Luis XII, rey político como todos los capetianos, deseaba con toda su alma casarse con Ana, la viuda de Carlos VIII. Esa unión anexaría para siempre el ducado de Bretaña a Francia.

Pero Alejandro VI se hace rogar. No por razones teológicas, sino porque espera obtener grandes réditos de la anulación de ese matrimonio. Alejandro lamenta que esa decisión favorezca la expansión del reino de Francia. Ese Papa italiano sigue siendo profundamente español. Y duda. Será César quien lo convencerá y llevará adelante las negociaciones ante la corte francesa. Su autoridad se consolida día a día.

La embajada de César deslumbrará a toda Europa: César llega escoltado por treinta hidalgos, unos cien pajes, escuderos y músicos, una caballería entera, doce carrozas cargadas de equipaje y más de un centenar de mulas. Al entrar en Marsella, lo reciben con salvas de artillería. Cuatro galeras navegan a su encuentro. Lo acogen con honores en Aviñón, celebran su llegada en Lyon. En Chinon se encontrará con Luis XII. En esa ocasión, luce un collar de 30.000 ducados, en su gorro brillan dos hileras de "entre cinco y seis rubíes grandes como habas". Luis XII

lo recibe como si fueran amigos. César hace sufrir un buen rato al rey de Francia antes de anunciarle que el Santo Padre le concede la dispensa que le permitirá contraer matrimonio con la duquesa Ana de Bretaña. Feliz, el rey nombra a César duque de Valentinois y le expresa su deseo de que encuentre, en la corte, un buen partido, digno de su persona.

Como César se muestra halagado por la propuesta, el rey le ofrece a su sobrina, la hija del conde de Foix. O a Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. César elige a Carlota. La unión se celebra en los aposentos privados de la reina. Luego, comienzan los festejos y las justas. César participa en todas. Así, Luis XII comunica al Santo Padre que, antes de la cena, su hijo César rompió dos lanzas en un torneo, pero después de la cena, se retiró con su joven esposa y “rompió seis lanzas”...

César tiene veinticuatro años. Carlota, diecisiete. Parece que, por primera vez en su vida, César está enamorado. Carlota ama con todo su corazón a ese caballero tan amable y tan espléndido. Pronto le anuncia que está embarazada. Permanecen en la corte durante todo el verano. Recién a comienzos de julio de 1499, Carlota y César parten a Issoudun, señorío del duque de Valentinois. Pero, los primeros días de septiembre, el hijo de Alejandro VI debe marcharse. Luis XII también prepara su *propia* guerra contra Italia. Ha mimado tanto a César para granjearse la amistad de su padre. Espera que el duque de Valentinois parta antes que él y le abra el camino. La víspera de su partida, Luis XII le otorga el collar de plata y conchas de oro de la orden de San Miguel. Le concede, así como a sus descendientes, el derecho a llevar el nombre y las armas de Francia. El hijo del Papa será, de ahora en más, César Borgia de Francia.

Cuando el rey Luis XII entra en Milán, César cabalga a su lado. César alberga grandes proyectos en la Romaña. Necesita —y mucho— conservar la amistad del rey de Francia. Luis XII la revalida y se lo demuestra. Pone a su disposición las tropas que César le entregó y les agrega trescientos lanceros franceses. Pletórico de esperanza y de entusiasmo, César se marcha a Roma. Siente que el mundo está en sus manos. Al menos, Italia.

¿Por qué la Romaña? Llegado este punto, debemos remitirnos al testimonio clave de Maquiavelo. Siglos antes, Pipino el Breve cedió la Romaña a la Iglesia. Pero, con el correr de los años, la autoridad de las familias señoriales y principescas sustituyó la del papado. Maquiavelo dice que la Romaña era “el refugio de los peores criminales. Allí, la circunstancia más insignificante podía provocar una ola de saqueos y de asesinatos. Esto era causado por la maldad de los príncipes y no, como estos sostenían, por la naturaleza malvada de sus súbditos. Así, para conseguir algún dinero, dictaban leyes y eran los primeros en alentar su incumplimiento. Entonces, actuaban con rigor, no por amor a la ley, sino por codicia, por el dinero que obtenían castigando la falta. De ahí infinidad de calamidades, como el deseo de desquitarse del daño sufrido con alguien más débil que uno. Así nacen todos los males antes evocados, cuyo verdadero responsable es el príncipe”.

Entonces surge la idea capital de César. Atacar a esas familias que, sin que las asista derecho alguno, accedieron a feudos en la Romaña, que gobiernan ejerciendo un poder supremo y despótico. Devolver la Romaña al papado sería su gran legado a la historia. Gracias a la ayuda francesa, puede dedicarse a ello. Hace el recuento de los 300 lanceros franceses y los 4000

soldados de infantería suizos y gascones, además de los potentes cañones que el rey de Francia le ha prestado. Las arcas de César están llenas: 40.000 ducados que Alejandro VI pide prestados a Milán. Entonces, emprende una campaña que nadie está en condiciones de subestimar. Entra en Imola, luego en Forlì, donde vence la heroica resistencia de Catalina Sforza. Impone la autoridad papal en todas partes. Y en todas partes, el pueblo lo recibe como a un libertador.

Alejandro VI acoge a César en Roma con los honores que se reservan al vencedor. Como hasta hace poco hizo con Juan. Y le entrega la más alta condecoración pontificia: la Rosa de Oro, símbolo de la Iglesia militante y triunfante. Además, lo nombra confaloniero de la Iglesia, como tiempo atrás a su hermano Juan.

Por aquel entonces, Alfonso de Aragón, el nuevo marido de Lucrecia, se atreve a desafiar a César y a burlarse de sus antojos.

Por ser Año Santo, en 1500 los peregrinos visitan Roma. Con ellos, las arcas del Vaticano se llenan de oro. César podrá acabar su campaña en la Romaña. Expulsa a Malatesta de Rímini. Le quita Pésaro a Giovanni Sforza. Luego, invade Faenza. Al mismo tiempo, administra la Romaña, concede libertades municipales, facilita el intercambio comercial. Combate el vandalismo, devuelve la paz a las provincias. En todas partes su nombre es ensalzado, y su persona, aclamada.

En abril, César toma Faenza. Allí reinan dos hermanos, ambos muy jóvenes, Astorre y Gian Manfredi. Maquiavelo decía que, para conservar un Estado del que nos acabamos de apropiarnos, antes que nada debemos tomar el recaudo de aniquilar por completo a la familia del anterior soberano. Así, en julio, los dos jóvenes príncipes son encerrados en las mazmorras del Castel Sant'Angelo. Un

año más tarde los rescatarán de las aguas del Tíber con una piedra al cuello, como a tantos otros cadáveres. Para César, el fin justifica siempre los medios. Triunfar es lo único que cuenta.

Alejandro comienza a mirar a César con otros ojos. Lo que ve lo sorprende. El jefe de los Borgia ya no es él, Alejandro, un hombre agobiado por el peso de los años. Ya no puede seguir a César en sus iniciativas, en sus proyectos inmediatos y, mucho menos, en su visión de futuro.

Con gran vehemencia, César le explica a su padre que la Romaña es solo un paso en su proyecto: cree que el papado debe reinar sobre toda Italia. Está convencido de que Italia no debería seguir dividida, porque los italianos forman un solo pueblo. ¿Acaso no hablan la misma lengua? Está convencido de que no hay en Italia central un ejército que pueda hacerle frente. Considera que, en lo militar, Mantua, Ferrara, Bolonia, Urbino y Florencia se encuentran a su merced. Es verdad que no sucede lo mismo aún en lo político, porque el rey de Francia las protege. Pero un día, quizá cercano, el rey de España y el rey de Francia se enfrentarán. Ese día, la suerte estará con quien haya sabido tender sus redes. Con quien esté listo. César siente que está listo y lo prueba entrando en combate.

Atraviesa Italia empuñando la espada. Arrebata territorios a Bolonia. Así, se abre camino hacia Florencia y llega a las puertas de Piombino.

Una vez más junto a Luis XII, asedia Capua, toma la ciudad, masacra a 4000 hombres, mujeres, ancianos y niños. Se dice, incluso, que le fueron entregadas cuarenta mujeres entre las más bellas de la ciudad para su uso personal. Pero no olvidemos que solo se les presta a los ricos.

Entra en Nápoles con Luis XII y el rey de Francia lo nombra duque de Andría, en la Puglia, y le entrega 20.000 ducados, mientras Fernando el Católico le hace llegar 20.000 ducados más.

Como vencedor, ahora puede regresar a Roma y negociar la boda de Lucrecia con el hijo de Hércules de Este, lo que la convertirá, a su debido tiempo, en duquesa de Ferrara.

Aquellos a quienes ha reducido, sometido y ofendido se sublevan, pero César los hace entrar en razón. Los más obstinados se conjuran contra él. Finge reconciliarse con ellos y los invita a un festín en su castillo, donde los asesina.

Cuando Luis XII vuelve a mostrarse en Milán, quienes padecieron a César —y aún viven— comparecen ante el rey francés para protestar. Entre ellos, Giovanni Sforza (de Pésaro), Francisco Gonzaga (de Mantua), Montefeltro (de Urbino) y los hijos de Bentivoglio (de Bolonia). Se indignan en Venecia, y sobre todo en Florencia. Denuncian la avaricia, la felonía de César. Declaran que su lema es: *Aut Caesar, aut nihil*. O César o nada. Si lo atacan, aparece. Sus detractores, sorprendidos y desesperados, observan cómo Luis XII lo recibe como si se tratara de un miembro de su propia familia, lo aloja en un aposento próximo al suyo y, al ver que su equipaje tarda en llegar, el rey de Francia le ofrece su guardarropa. Los enemigos de César no tienen más remedio que marcharse, bajo la mirada implacable del hijo del Papa. Una mirada que, por sí sola, es injuriente.

Luis XII y César entrarán juntos en Génova. En ese tiempo, César controla con éxito una revuelta en la Romaña. Anhela la Toscana. Ordena la ejecución de Paolo y Francisco Orsini. Su ambición no tiene límites. Sueña con conquistar Italia, toda Italia. Si logra convencer a Venecia para que sume sus fuerzas a las suyas

–Venecia, que se extiende hasta el Adda, cuyo ejército posee una artillería comparable a la de los franceses– ya nada será imposible para él. César podrá expulsar a Fernando el Católico del reino de Nápoles. Y –¿por qué no?– a Luis XII del Milanesado. Italia, toda Italia.

Pero el sueño se desvanece en un instante. César creyó que su poder absoluto duraría por siempre. De pronto, la muerte de su padre echa por tierra sus ilusiones. No logra evitar que nombren papa al enemigo de los Borgia, Julio II. Lo conminan a entregar sus baluartes. Se niega y acaba siendo encarcelado. Huye y se refugia en Nápoles, donde lo arrestan por traición. Recordemos el Castel Nuovo. Lo envían a España. Conoce una cárcel, luego otra. El 25 de octubre de 1506, ata una cuerda a su ventana. Su criado desciende primero. La cuerda es demasiado corta. El criado se rompe las piernas. César está decidido a jugarse el todo por el todo. Prefiere la muerte antes que la prisión. Se desliza por la cuerda a tanta velocidad que se despelleja las manos. Aunque no lo suficientemente rápido. Antes de tocar tierra, un grupo de soldados llega a la ventana desde la que ha saltado y corta la cuerda. Cae al vacío desde una altura considerable. Por lógica, debería haberse partido los huesos al golpear contra el suelo. Se levanta. Lo aguardan los hombres del conde de Benavente, que ha preparado la huida. Lo suben a un caballo. Lo más extraordinario es que ese hombre dolorido, quebrado, logra atravesar al galope casi todo el reino. El 3 de diciembre llega a la corte del rey de Navarra, su cuñado.

Tiene treinta años. Era todo, y ahora ya no es nada. Se ofrece con humildad ante su cuñado, quien lo acepta para que sirva en el pequeño ejército del insignificante reino de Navarra.

Cinco años más tarde, empuñando su espada al servicio del rey de Navarra, a César Borgia, duque de Valentinois, hijo de un papa, lo sorprende una facción enemiga e inicia su último combate.

Son veinte contra él. Un primer golpe lo hiere bajo la axila. Lo derriban y cae a tierra. Le agujerean el cuerpo cien veces. Lo despojan de su rica y bella armadura, le quitan las armas, el caballo y la ropa.

Lo que dejan abandonado allá, en el fondo de un barranco, es un cadáver desnudo. Los despojos del hombre que pudo haber reinado sobre Italia.

